

# Igor Caruso durante el nazismo

Fernando M. González

*Igor Alexander Caruso, referente ineludible en la fundación del Círculo Psicoanalítico Mexicano en 1971, ocultó a lo largo de su vida un secreto: trabajó durante 1942 en la clínica Spiegelgrund de Viena, una institución en la que se elaboraban reportes sobre las capacidades mentales de niños a los que se les podía practicar la eutanasia, dentro de las políticas eugenésicas del Tercer Reich.*

“Hay una ‘inquietante familiaridad’ de este pasado que un ocupante actual expulsó (o creyó expulsar) para apropiarse de su lugar. El muerto habita al vivo. Remuerde (mordedura secreta y repetitiva). También la historia es caníbal, y la memoria se convierte en el campo cerrado en donde se oponen dos operaciones contrarias: el olvido, que no es pasividad perdida, sino una acción contra el pasado; la huella del recuerdo que es el regreso de lo olvidado, es decir, una acción de ese pasado siempre obligado a disfrazarse”.<sup>1</sup>

Esta manera de presentar la cuestión del entreveramiento de los lugares institucionales que se pretenden propios y sin restos y las diferentes maneras de actuar de las temporalidades ayuda a pensar el acontecimiento que irrumpió y se hizo carne en la institución psicoanalítica de la que fui cofundador en México en 1971, el Círculo Psicoanalítico Mexicano. Pero, ¿en qué consistió el aludido acontecimiento?

El 9 de octubre de 2012, la psicoanalista Cynthia del Castillo sacó a la luz, en el seminario sobre la institución analítica en el CPM —coordinado por el doctor Felipe Flores—, una información que, de confirmarse, comprometía gravemente la calidad ética y psicoanalítica de uno de los fundadores del Círculo Vienés de Psicología Profunda (1947) y de la Federación Internacional de Círculos, así como referente fundacional, que no cofundador, del Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM). Me refiero a Igor Alexander Caruso.

Esta noticia se resumía en lo siguiente: en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, Caruso habría trabajado, en 1942, en la clínica Spiegelgrund de Viena,<sup>2</sup> en el pabellón de niños, en la cual había realizado evaluacio-

<sup>2</sup> Según la historiadora y psicoanalista Eveline List, que trabajó los archivos del caso Caruso y lo hizo público en 2008, se trató de “La máxima institución nacionalsocialista para la eutanasia de niños en Austria” en “¿Por qué no en Kischnew? Sobre un documento en audio autobiográfico de Igor Caruso” (“Warum nicht in Kischnew? Zu einem autobiographischen tondokument Igor Carusos”, *Zeitschrift für Psychoanalytische Theorie und Praxis*, volumen 23, números 1-2, 2008, pp. 118).

<sup>1</sup> Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, UIA/ITESO, México, 2003, pp. 23-24.



Clínica Spiegelgrund en Viena, en el año 1942 donde trabajó Igor A. Caruso

nes psicológicas acerca del estado mental de algunos de ellos. En dicha clínica, los superiores de Caruso, a su vez, realizaban una segunda evaluación de dichos reportes para determinar si les practicarían o no la eutanasia. Dado el tipo de relaciones que se tejieron entre el CPM y la Red de Círculos de Psicología Profunda, y específicamente con Igor A. Caruso, el asunto ameritaba una inevitable aclaración.

Sin embargo, cuando digo que algo irrumpió, caigo en una imprecisión, porque es suponer que efectivamente vino de fuera, lo que no es ciertamente el caso. Todo el problema será dilucidar cómo eso, que parecía exterior y en realidad formaba parte de una genealogía múltiple de la citada institución, juega en el presente.



Se puede decir siguiendo a Freud que si en el principio fue el crimen, tanto el acto asesino así como el asesinado siempre retornan por más que se pretenda reprimirlos o suprimirlos y lanzarlos al exterior del sistema.<sup>3</sup> Y vale tanto para el caso individual como en el colectivo. Pero no siempre el retorno se da de la misma manera. Por ejemplo, en el caso del hombre Moisés del texto de Freud, “El personaje [...es] excluido por una muerte y ‘reemplazado’ por una leyenda”.<sup>4</sup> En cambio, con respecto a Hamlet, “después de haber sido asesinado, el padre de [éste...] regresa en una escena distinta, pero con forma de fantasma, y es entonces como se convierte en la ley que su hijo obedece”. Se puede considerar a todo esto como operaciones de transfiguración que afectan a las temporalidades y a los lugares, ya sea como leyenda o como espectro. Entonces, el retorno de lo reprimido se hará sentir, como señala De Certeau, de manera caníbal. Y como no existe el buen lugar para producir la teoría, ni tampoco el lugar propio institucional, por eso De Certeau puede afirmar que “la institución localiza pero no autoriza”.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Basta aludir al caso Ayotzinapa como ejemplo privilegiado de la relación que se puede dar entre los restos aparecidos de anteriores asesinatos, y la ausencia de aquellos de los desaparecidos que se buscan afanosamente.

<sup>4</sup> Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, Éditions Gallimard, 1975, p. 315.

<sup>5</sup> Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis*, *op. cit.*, p. 23.

Al producir la ficción del hombre Moisés, Freud permite pensar varias cosas. Primeramente, la división no sólo del sujeto sino del fundador y de un pueblo. Escinde sin contemplaciones la carne identitaria que se pretendía homogénea, al afirmar que el fundador de la religión judía no era tal sino egipcio, y que además, como tal fundador “halló violento fin en una revuelta de su pueblo, díscolo y contumaz, que al mismo tiempo repudió la religión por él fundada”.<sup>6</sup>

Y no le bastó, porque, según su relato, un segundo Moisés tomó el nombre del asesinado, cuando al término del exilio babilónico se desarrolló en el pueblo judío la esperanza de que volviera el asesinado. Es decir, tenemos una saga fundacional sostenida en el supuesto de una violencia genealógica que alude a un crimen con sustitución del personaje incluida pero bajo cubierta del mismo nombre. Ya ni siquiera el nombre se salva de la división. Es evidente que esta “novela histórica” produjera un doble malestar en algunos de sus contemporáneos judíos e, incluso, en el mismo Freud. Y si algún nazi leyó el texto tampoco le ha de haber gustado saber que a los que iba a asesinar a lo mejor no eran judíos de tiempo completo, ni menos aún puros. Freud comienza su iconoclasta escrito de esta manera: “Arrebatarle [quitarle] a un pueblo al hombre a quien honra como el más grande de sus hijos no es algo que se emprenda con gusto o a la ligera, y menos todavía si uno mismo pertenece a ese pueblo. Mas ninguna ejecutoria podrá movernos a relegar la verdad en beneficio de unos presuntos intereses nacionales, tanto menos cuando del establecimiento de un estado de cosas se pueda esperar ganancia para nuestra intelección”.<sup>7</sup>

Si la pretensión suena magnificente, la perspectiva heurística que abre es digna de consideración, ya que postula que el lugar del analista se sostiene en una ética de la verdad, que debería estar por encima de los intereses nacionales y de la pretendida pureza identitaria. Con ello, Freud abre las posibles aportaciones del psicoanálisis a la dilucidación de los diferentes planos de implicación que no se reducen sólo a la genealogía familiar o transferencial durante el proceso de la “cura”, sino a las institucionales, étnicas y nacionales.

Pero el texto de Moisés da para más, de ahí que De Certeau puede pensarlo en relación con las diferencias entre el psicoanálisis y la historia en lo que respecta tanto a la distribución del espacio, el tiempo, la memoria y a la relación entre el pasado y el presente. Escribe al respecto:

El primero reconoce uno en el otro, la segunda coloca uno al lado del otro. El psicoanálisis trata esa relación

<sup>6</sup> Sigmund Freud, *Moisés y la religión monoteísta* en *Obras completas*, volumen 23, Amorrortu, Buenos Aires, 1980, p. 42.

<sup>7</sup> Sigmund Freud, *op. cit.*, p. 7.

bajo la modalidad de la imbricación (uno en el lugar del otro), de la repetición (uno reproduce lo otro bajo forma diferente), del equívoco (¿qué está en lugar de qué? Hay por todos lados juego de máscaras, retorsiones y ambigüedades). La historiografía considera esa relación bajo la modalidad de la sucesividad (uno después del otro), de la correlación (proximidades más o menos grandes), del efecto (uno sigue al otro) y de la distinción (o lo uno o lo otro, pero no los dos a la vez).<sup>8</sup>

Estas maneras de encarar el pasado y el presente, ¿cómo se resignifican en el caso de la historia llamada del tiempo presente cuando todavía se toca tejido vivo y el acontecimiento no se termina de atemperar ni menos de dilucidar? Pues como bien lo señala François Dosse: “El acontecimiento no es por definición reducible a su efectuación, en la medida en la que está abierto a un devenir indefinido, por el cual su sentido se va a metamorfosear al filo del tiempo”.<sup>9</sup>

Creo que ahora podremos enfrentar de mejor manera la cuestión del acontecimiento Caruso como una pretendida continuidad contaminante con funciones invalidantes y totalizadoras. Esta vez el muerto reapareció no como leyenda, ni como espectro asesinado sino como espectro que había contribuido a asesinar en un momento de su vida.

#### IGOR. A. CARUSO Y EL NAZISMO: ¿ENTRE LA CRIPTA Y EL BASHING?

En estos extremos se ha querido encerrar la recepción de la noticia respecto a las acciones de Igor Caruso en México. Entonces, cómo avocarse al caso Caruso, en el cual algo del orden de la inquietante siniestridad irrumpió desde la oscuridad del sótano institucional gracias a que una colega simplemente apretó una tecla de Wikipedia y se topó con una información que había quedado invisibilizada como algo del orden de lo impensado para la mayoría de las diferentes generaciones del CPM. Impensado que de pronto se cruzó con la información de aquellos que activamente la habían puesto fuera de foco.<sup>10</sup> Pero de esto último nos enteramos después. Todo esto, obturado y reforzado por la ausencia de una pregunta elemental, y que puesta en palabras debió ser: y por cierto, ¿qué hizo Caruso en Viena durante la guerra? ¿Acaso hubo consigna explícita de no emitirla? ¿O una especie de pacto mafioso

<sup>8</sup> Michel de Certeau, *ibidem*, p. 78.

<sup>9</sup> François Dosse, “L'événement entre Kairos y Trace” en *Paul Ricoeur: penser la mémoire* (bajo la dirección de François Dosse y Chatherine Goldenstein), Éditions du Seuil, Paris, 2013, p. 283.

<sup>10</sup> Por ejemplo, un colega que vive en México, que había abandonado la institución en 1977, y un puñado en Austria.

de no tocar aquella época? No parece ser el caso, cuando menos en el CPM.

Y, entonces, había que recolocarnos en ese aspecto de la genealogía. ¿Se trataba ante esta emergencia de postular sin más un tipo de continuidad con efectos contaminantes y totalizadores sobre lo que se constituyó mucho tiempo después en otro continente y en otro contexto y hacer del pasado algo presente sin distancia posible?

Por lo pronto, esta información ponía en relación una parte de la historia del psicoanálisis en México con Viena, pero de dos maneras. Aquella en la que se gestó el psicoanálisis y toda su serie de conceptos, y aquella otra en la cual se decretó a partir del ascenso del nazismo que este no debería seguir. Y si seguía, lo debería hacer cercenándose tanto del judaísmo como del nombre de Freud y de sus conceptos centrales.

Esa segunda genealogía, la nazi, de pronto va a “irrumper” en la genealogía del Círculo Psicoanalítico Mexicano como una “inquietante extranjería” (*Unheimlichkeit*)<sup>11</sup> que aparentemente anularía a la primera.

Y, entonces, se hicieron presentes una serie de cuestiones: ¿en dónde colocar la información y qué estatuto otorgarle? ¿De qué manera afecta a lo que se construyó durante 40 años sin saberse de ella? ¿Se la puede erradicar o cercenar, como le ocurrió al psicoanálisis durante el nazismo? O incluso: ¿se puede terminar por deducir que todo lo que siguió está contaminado irremediablemente y entonces no queda sino disolver a la institución y comenzar de cero? Este último caso se hizo efectivo cuando un puñado de colegas en México pensó que el CPM se había constituido en una especie de “cripta nazi”. Es decir, que en buena medida se habría fundado para hacerse cargo de guardar dos secretos: aquel de los actos realizados por Igor Caruso en la segunda guerra, cuando no era psicoanalista, y aquel otro, de haberse fundado en la posguerra en 1947, el Círculo Vienés de Psicología Profunda, con un buen número de activos miembros del nazismo y con otros que fueron simpatizantes. Si esto fue el caso, entonces toda la formación que se daba en esa institución se podría reducir a un simulacro, a una mascarada, o a un como-si de una serie de actos criminales. Y por lo tanto, todo lo que de ella salió no fue más que la continuación sin fisuras de los dos secretos articulados. De ahí la necesidad de disol-

<sup>11</sup> Término que Paul Ricoeur retomaría de Freud para reflexionar sobre el malestar en la historia en su libro *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (Éditions du Seuil, Paris, 2000), el cual, a su vez, en los trabajos de algunos historiadores tendría diferentes nombres —como lo recuerda François Hartog—: Maurice Halbwachs habla de “la memoria fracturada por la historia”; Yosef Yerushalmi del “malestar en la historiografía”, y Pierre Nora, de sus “insólitos lugares de la memoria”. Cfr. François Hartog, “La poétique et l'inquietante étrangeté de l'histoire”, *Croire en l'histoire*, Flammarion, Paris, 2013, p. 121.

ver lo más rápidamente posible al CPM. Disolución que debería ser el primer paso de una purificación, que en el caso de los postulantes del corte disolvente rápidamente dio lugar a la fundación de otra institución ya libre para ellos del lastre contaminado. Corte que serviría para obliterar las huellas de una pertenencia y que, al hacerlo, permitía a los que así actuaron verse como críticos radicales del nazismo en México casi 70 años después de terminado el citado régimen.

Esta manera de ver las cosas recuerda dos modelos muy socorridos: el del pecado original que sostiene el catolicismo y que marca con su mácula a todas las generaciones, producto del pecado de Adán y Eva, y aquel otro, implementado en la España de los reyes católicos Fernando e Isabel, que en parte puede ser equiparado con el del pecado original pero tiene su especificidad. “La idea de pureza de sangre española [...] se basa en la noción de una transmisión hereditaria (a lo largo del linaje) de una mácula espiritual o moral, debida al vínculo genealógico con infieles, moros o judíos [...] No se refería a caracteres físicos ni fisiológicos, sino a cualidades y proclividades morales, sobre todo ligadas a la infidelidad, al rechazo a Cristo”.<sup>12</sup>

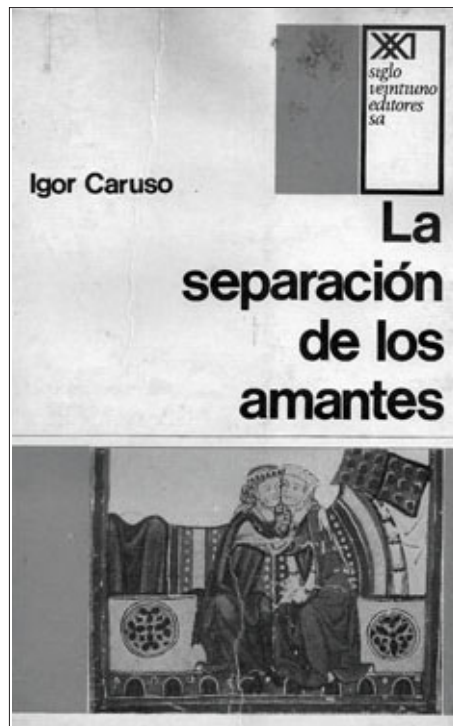
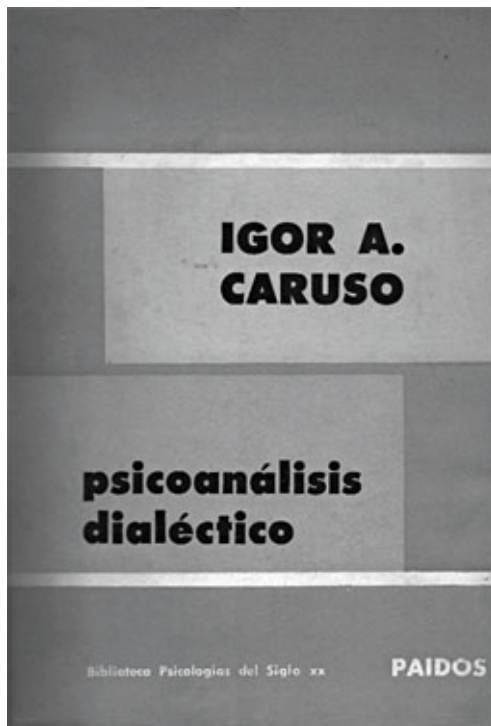
Podríamos hablar de una especie de combinación entre ambos modelos para entender el postulado de las *continuidades contaminadas*. Digamos que en el caso del CPM, los “pecados” de Caruso en el Spiegelgrund remitirían al modelo del pecado original, y respecto al tipo de relaciones que articuló Caruso para fundar el CVPP, no llevaría a la “limpieza de sangre”; ambas acciones habrían dejado una mácula imborrable en la manera de transmitir y ejercer el psicoanálisis. Vistas de esta manera las cosas, es entendible la necesidad de llevar a cabo una especie de limpieza de sangre, esta vez no respecto a los judíos y a los moros, sino de los nazis.

Pero, desgraciadamente, las cosas se presentaban un poco más complicadas. Porque los cofundadores de más edad y formación del CPM fueron a formarse a Viena en los inicios de la década de los sesenta y en principio desconocían los dos “secretos” aludidos. Y con el Caruso que se encontraron no era para nada el de la segunda guerra ni el de la inmediata posguerra sino alguien que se acercaba cada vez más a posiciones marxistas, sin que esto tampoco fuera una garantía de nada. Sabemos la pluralidad de posiciones y dimisiones éticas que se han jugado también en ese campo.

Cuando fundaron en México el CPM en 1971 en un contexto substancialmente diferente, lo que queda aho-

<sup>12</sup> Carlos López Beltrán, “Sangre y temperamento. Pureza y mestizaje en las sociedades de castas americanas” en Carlos López Beltrán y F. Gorbach (coordinadores), *Saberes locales, ensayos sobre la historia de la ciencia en América Latina*, El Colegio de Michoacán, Zamora, 2008, p. 303.





ra como duda, es si ya para esas fechas sabían el asunto de los dos secretos. Si hubiera sido el caso, me parece grave no haberlo informado y más tratándose de una institución psicoanalítica. Porque de esa manera se podía haber elegido cómo fundar y con quiénes relacionarse. Lo interesante es que el tipo de formación que se dio en el CPM partía de manera dominante de otras coordenadas teóricas y clínicas y, en cuanto a posiciones políticas, el nazismo no aparecía por ningún lado. Por ejemplo, el CPM fue muy activo en relación a la recepción de los psicoanalistas argentinos y uruguayos que tuvieron que dejar su patria por efectos de las dictaduras militares que se instauraron en los años setenta, y estuvo muy ligado al psicoanálisis francés.

Según los colegas purificadores, Caruso se reduciría a ser un puro encubridor y todo lo que hizo posteriormente se puede considerar como un puro simulacro. Es todo un juicio. Sin duda en 1942 realizó actos que contribuyeron a producir actos irreparables, es decir, asesinatos. *Pero en el caso del CPM el asunto fue más bien otro, ni se constituyó con ex nazis, ni Caruso fue su fundador, ni sus miembros se pueden asumir como corresponsables de los actos de este.*

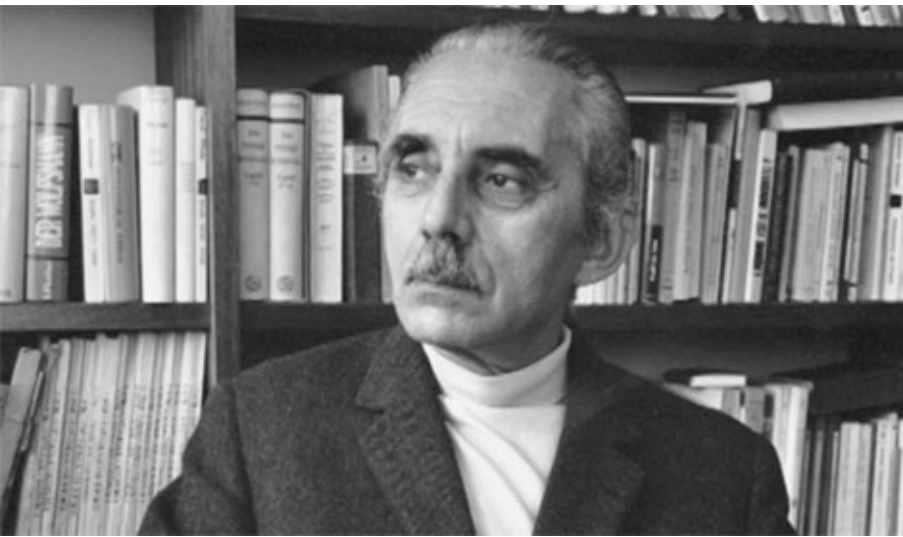
Pero entonces, ¿de qué si? Por lo pronto, de no haber tenido la curiosidad de preguntarles —y preguntarles— a los que se formaron en Viena en los años sesenta qué había hecho Caruso durante la guerra, y con quiénes se había conformado el CVPP. E, incluso, de ni siquiera tener que haberlos tomado en cuenta para hacerse esas preguntas.

Pero después de octubre de 2012, al menos supimos que uno de los dos cofundadores conocía la información, aunque nunca pudo precisar desde cuándo,

pero se puede pensar que es probable que lo supiera desde los inicios de la década de los setenta, o sea, desde los inicios del CPM o cuando Caruso vino a México, en julio de 1974. El otro cofundador murió en 1988 sin haber sido interrogado al respecto. Solamente dejó una línea escrita en la breve biografía que hizo del ruso italiano en 1985: “Caruso trabajó en el Spiegelgrund en 1942”. Sin más trámites. Pero el que lo sabía abandonó la institución en 1977 y fue uno de sus confidentes privilegiados. Cuando menos un miembro que perteneció al CPM guardó el secreto. Y una vez que salió a la luz desde la chimenea en la cual estaba a vistas —Dupin *dixit*— en los inicios de octubre de 2012, lo único que quedaba por hacer era volverlo público, una vez constatados y analizados los contextos en los que se dieron los hechos. Pero de ninguna manera asumiéndolos como una mácula continua e invalidante.

A la luz de todo esto, ¿cómo pensar la cuestión de las continuidades, discontinuidades y diferencias? Primeramente, creo que no se puede establecer una *relación directa* entre los actos de Caruso en el Spiegelgrund en 1942, cuando aún no ejercía como psicoanalista, y la fundación del Círculo Vienés de Psicología Profunda. Se trata de dos cosas diferentes. Sin embargo, sí se puede hablar de una relación entre ambos hechos: la relación obviamente pasa por el nazismo y las diferentes maneras de participar en este régimen, y por los procesos de desnazificación que no fueron los mismos en Austria y Alemania.

Y al respecto, no se conoce hasta la fecha ningún texto que se haya escrito y hecho público en el cual tanto Caruso como los implicados hubieran realizado un análisis autocrítico de sus implicaciones y acciones en tiem-



Igor A. Caruso

pos del nazismo, y sus posibles consecuencias en el proyecto de fundar una institución psicoanalítica como el CVPP. Entonces, no sólo estamos hablando de dos “secretos” casi a voces, sino de una ausencia de reflexión respecto a lo que implicaba guardarlos. Entonces, ¿de qué psicoanálisis se hablaba en los inicios del CVPP?

Y esta interrogación lleva a otra: ¿se puede ejercer el psicoanálisis después de haber contribuido como Caruso a los actos constatados? Es decir, no sólo habiendo actuado, sino guardando un silencio “laborioso” al respecto.<sup>13</sup> ¿Desde dónde escuchaba, en su caso, a los analizantes en general y a aquellos implicados en el nazismo o que habrían sufrido muertes en tiempos del nazismo? Es difícil decirlo porque no hay testimonios al respecto que yo conozca. Pero me imagino que habría una zona de su escucha que estaba interferida al máximo.

Pero lo que sí sé es que el doble secreto se “filtró” en el CPM, pero no —insisto sobre ello— de una manera que hubiera implicado una prohibición explícita de no tocar el tema; jamás la hubo. Esto se dio en un contexto en el cual lo que importaba era la historia inmediata y la falta de curiosidad de la mayoría por interrogar la historia del psicoanálisis en general y, más particularmente, la de la federación de los círculos.<sup>14</sup>

El guardián del secreto en el medio mexicano quedó en medio de dos posiciones contradictorias que puestas en palabras aproximadamente serían las siguientes: 1) “Sí ocurrió, a mí Caruso me lo dijo varias veces”; 2) “Pero en realidad se trató de un *bashing*, de un infundio, producto de una tal doctora List que no apreciaba a Caruso”; 3) “Pero nunca lo diré si no me lo preguntan”. Digamos que en su posición se condensa el tabú

<sup>13</sup> Por razones de espacio no me puedo extender acerca de la especificidad de ese “silencio”, pero en un libro de próxima publicación me extiendo al respecto.

<sup>14</sup> Filtración que habría que matizar, porque otras instituciones psicoanalíticas en México tampoco se interrogaban especialmente al respecto.

de la explicitación y, al mismo tiempo, escenifica lo que el psicoanálisis describe como una desmentida, que Octave Mannoni sintetiza con la frase: “ya lo sé, pero aun así”.

A estas alturas estaríamos en una posición que no coincide del todo con aquella de la cripta. No del todo, porque existe un reconocimiento a la manera de la desmentida. Pero sí en parte, porque no lo explicitó sino hasta que fue interrogado. Y una vez hecho no se limitó a eso, sino que esgrimió toda una serie de argumentos con pretensiones “psicoanalíticas” que buscaban levantar un muro de protección que impidiera o desvalorizara las investigaciones en curso, infringiendo cuáles serían las supuestas intenciones inconscientes de los que buscaran saber qué pasó o, simplemente, minimizando el asunto. Esta es la prueba de que no siempre basta tener a flor de discurso algo e, incluso, estar dispuesto a decirlo si se es interrogado para que algo de lo no dicho se torne transparente.

Y entonces, ¿qué posición tomar si no se acepta ni la perspectiva de la cripta ni aquella del *bashing*, ni tampoco aquella de disolver la institución “contaminada” y salir corriendo lo más rápido posible? Por lo pronto, nada de cortes purificatorios, pero sí dejando expuesto el objeto crudo, incluyendo una autocrítica por la ausencia del espíritu crítico interrogativo y por la entrega casi incondicional de nuestra confianza en los que nos precedieron y no transmitieron algo sustancial que llegaron a saber.<sup>15</sup> No se trataba entonces de un recuerdo que retornaba, porque no lo habíamos olvidado, simplemente no lo sabíamos. Tenemos entonces para pensarnos el concepto que De Certeau “extrae” del texto de Freud sobre Moisés respecto a la continuidad, a la que considera “gobernada por el equívoco”.<sup>16</sup> Y en efecto, no se puede establecer para nada una continuidad directa entre lo ocurrido en Viena en los años cuarenta y en México en los setenta.

Lo único que quedaba por hacer para romper de un tajo el nudo gordiano que el discípulo directo de Caruso escenificaba era corroborar la información y hacerla pública afirmando que no se trató de un *bashing* ni de una cripta sino de una tragedia brutal y violenta. De no hacerlo, nos habríamos convertido, ahora sí, en cómplices no de unos actos en los que no habíamos participado, sino de un tipo de silencio a ciencia y conciencia. Y por lo tanto, habríamos erigido un serio obstáculo para seguir ejerciendo el psicoanálisis, para colmo ahora sí acompañado de una cripta. **U**

<sup>15</sup> No puedo asegurarlo tal cual del que ya murió, pero sí me parece probable.

<sup>16</sup> Michel de Certeau, *ibidem*, p. 86.

Fernando M. González, *Igor A. Caruso: nazismo y eutanasia*, Círculo Psicoanalítico Mexicano / Tusquets, 2015, 404 pp.